

APLICACIÓN DE LA TEORÍA DE LOS JUEGOS A LAS ACTITUDES
Y POLÍTICA LINGÜÍSTICAS. EL CASO DE INMIGRANTES
Y AUTÓCTONOS EN CATALUÑA

David Laitin
(*Universidad de California. San Diego*)

Carlota Solé
(*Universitat de Barcelona*)

Las primeras versiones de este artículo fueron presentadas en sendas conferencias celebradas en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Barcelona y en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. Agradecemos los comentarios críticos de Anna Birulés, Richard Gunther, Russell Hardin, Gary Jacobson, Juan J. Linz y Andreu Mas-Colell. La investigación de David Laitin ha sido financiada por la Howard Foundation (Providence, RI, USA) y la German Marshall Foundation (Washington, DC). La encuesta de Carlota Solé de 1983 ha tenido el apoyo financiero del Institut d'Estudis Catalans (Barcelona) y la de 1978, el de la Fundación Juan March (Madrid).

INTRODUCCIÓN

En los últimos años del franquismo se produjo un nuevo impulso del movimiento lingüístico catalán que aprovecharon asociaciones culturales (por ejemplo, Òmnium Cultural), grupos profesionales (por ejemplo, el Colegio de Arquitectos), asociaciones de vecinos y asociaciones de padres, de larga tradición en Cataluña, para presionar en pro de un mayor papel del catalán. Un hito culminante en este período fue el Congreso de Cultura Catalana (noviembre 1976 a diciembre 1977), planeado y organizado sobre la sólida base de la participación de diversas asociaciones de todo tipo. Al iniciarse la transición hacia la democracia, estas asociaciones se unieron abierta y públicamente para organizar manifestaciones y marchas en demostración del amplio apoyo popular a la «catalanización». En este sentido, un acto significativo fue también el Día de la Lengua Catalana, celebrado el 23 de abril de 1982, con una manifestación de cien mil personas, que llenó el estadio del Club de Fútbol Barcelona. Durante este mismo período¹ el movimiento de «normalización» o «catalanización» alcanza su fase «burocrática». La educación en catalán es ahora una necesidad legal, y la capacidad de escribir en catalán es útil para conseguir puestos de trabajo en el gobierno de Cataluña, presidido por Jordi Pujol. La Generalitat subvenciona los medios de comunicación de masas y la publicación de libros en catalán. A la Dirección General de Política Lingüística de la Generalitat se le ha asignado la responsabilidad de buscar maneras de fomentar el uso del catalán. No son ya las voces de filólogos y poetas del pasado las que claman por el renacimiento lingüístico, sino que es un movimiento que lleva tras de sí el apoyo popular y la fuerza de la ley.

1. En 1979 se promulga el Estatuto de Autonomía y en 1983 la Ley de Normalización Lingüística de la Generalitat, que declaran: «La lengua propia de Cataluña es el catalán» y «El idioma catalán es el oficial de Cataluña, así como también lo es el castellano, oficial en todo el Estado español».

Existen muchos argumentos históricos, viejos y complejos, que explican por qué resulta evidente que la lengua catalana sobreviviera; y hay razones igualmente convincentes que apuntan a la posibilidad de una completa castellanización de España. (Villar, Vallverdú, Balcells, Linz.) Tanto el éxito como el fracaso del renacimiento lingüístico del catalán en la actualidad podrían explicarse con facilidad haciendo referencia a una serie de acontecimientos históricos clave. Pero para casi todos los observadores se ha producido una sorpresa sociológica: este reciente renacimiento lingüístico del catalán ganó fuerza y se desarrolló en el mismo período de la migración masiva a Cataluña de personas monolingües castellanas. En 1910, tan sólo el 5,4 % de la población de Cataluña eran inmigrantes. Con el ímpetu industrial de Cataluña en los últimos cincuenta años, millones de españoles procedentes de otras regiones se asentaron en esa tierra. En 1970, el 4,7 % de la población en Cataluña estaba compuesto por inmigrantes procedentes en su mayoría de las regiones económicamente atrasadas de Andalucía oriental y Extremadura. (Ver Termes, pp. 192-193.) Dichos inmigrantes constituyeron un sector importante de la clase trabajadora en las industrias químicas y de la construcción, importantes en Cataluña. Al igual que en la mayoría de los países industrializados, también muchos empleados como taxistas, servicio doméstico y técnicos de grado inferior de Cataluña son, en su gran parte, inmigrantes. Como consecuencia de su importante crecimiento económico a lo largo del siglo xx, Cataluña ha sido un lugar muy atractivo para muchos foráneos de otras partes de España, que encontraron en ella dónde asentarse. Hoy, casi la mitad de la población de Cataluña considera el castellano como su primer idioma.

Consideremos la situación de estos inmigrantes a la luz del Estatuto de Autonomía catalán. La «normalización» lingüística significa que todas las escuelas deben enseñar el catalán al menos tres horas por semana, y después del primer ciclo de enseñanza primaria, la ley exige que un número cada vez mayor de asignaturas se den en catalán. El cambio ha sido rápido. A principios del año escolar 1974-1975, el 3 % de las escuelas primarias de Cataluña impartía enseñanzas en catalán. En otoño de 1981, más del 16 % de las escuelas primarias ofrecían clases en catalán, un tercio de las mismas enseñando todas las asignaturas en esta lengua. (Alsina *et al.*, p. 8.) En el curso 1982-1983, el Departament d'Ensenyament indicaba que más del 65 % de las escuelas primarias impartía sus enseñanzas, al menos parcialmente, en catalán (Informe del Servei d'Ensenyament del Català 1980-1985, Departament d'Ensenyament, Generalitat de Catalunya). Por otro lado, teniendo en cuenta que un 40 %, aproximadamente, de los maestros en Cataluña procedían de otras regiones (Strubell, 1981, p. 42), muchos de ellos sintieron la necesidad de marcharse. Aunque de hecho no se les

presionara para que dimitieran de su cargo, y se les ofreciera enseñanza del catalán en un programa masivo de *reciclatge*, algunos funcionarios del gobierno catalán reconocen, en privado, que los maestros no catalanoparlantes raras veces alcanzan el nivel de competencia que les permita impartir sus clases en catalán.²

Como en otras partes del mundo, se habría podido esperar algún tipo de reacción política violenta por parte de la población inmigrante castellano-parlante en Cataluña ante el creciente dominio del catalán, después de la etapa franquista, en que se impuso forzosamente el castellano como única lengua oficial. (Ver, por ejemplo, Fuentes, 1981; o Gunther y Shabad, 1984.) Podría darse una clara situación de conflicto, especialmente entre los inmigrantes —que van mejorando su situación aprendiendo algo la lengua catalana— y los autóctonos de clase media. En la carrera por conseguir puestos en el gobierno u otros cargos que requieran un conocimiento del catalán hablado, a primera vista parece que los «castellanoparlantes se hallen en oposición a los catalanes nativos compitiendo según las reglas establecidas por los propios catalanes... de la misma manera que los *literacy tests* (pruebas de capacidad de lectura y escritura) en el sur de los Estados Unidos eliminaron de alguna manera los derechos de los negros; así también la competencia en las pruebas en lengua catalana relega a los inmigrantes a trabajos de bajo nivel y mal pagados, reservando los cargos profesionales intermedios y superiores para aquellos que tuvieran una mayor facilidad en el uso del catalán, lo cual les confiere una ventaja inherente y quizás insuperable» (Gunther, comunicación personal). A pesar de esta descripción más bien catastrófica de una situación objetiva conflictiva, hasta el momento de redactar este artículo no se ha producido oposición organizada alguna contra el actual despertar lingüístico en Cataluña. Ningún partido político ha asumido la defensa ya sea de los monolingües castellanos o los bilingües pasivos (es decir, de aquellos que entienden el catalán pero no pueden hablarlo o escribirlo bien, situación común a viejas generaciones de emigrantes y a sus hijos), a fin de frenar la corriente de la «normalización». (Ver Bastardes; o Calsamiglia y Tuson.)³

2. Ver la sentencia del Tribunal Constitucional del 27 de octubre de 1983, según la cual ambas lenguas (el catalán y el castellano) deben ser enseñadas en los centros escolares de la comunidad; y la sentencia de la Sala Tercera de la Audiencia de Barcelona del 24 de julio de 1985, declarando constitucional la exigencia del conocimiento del catalán a los maestros que trabajen en Cataluña, con el fin de evitar la posible futura discriminación de los niños alumnos de esos maestros.

3. Por supuesto, de vez en cuando se deja oír públicamente alguna voz de protesta. Por ejemplo, un padre inmigrante recurrió a los tribunales alegando que su hijo se había visto sometido a la enseñanza en catalán de una asignatura importante y no podía entenderla. A este caso se le dio mucha publicidad. Pero estos pequeños actos

Consideremos ahora la situación de los autóctonos catalanes. Algunos descienden de familias que abandonaron el uso de la lengua catalana en distintos momentos de la historia reciente de Cataluña. Otros proceden también de familias burguesas y se sienten mucho más preocupados por los beneficios, las ventas, los contactos y exportaciones al extranjero, que por el desarrollo de una lengua que no proporciona recompensas comerciales, aparte el hecho del bilingüismo fáctico en la propia Cataluña. Sin embargo, desde la transición, ninguna fuerza política o social se ha opuesto públicamente a la corriente actual de renacimiento de la lengua o a la Ley de Normalización Lingüística que fue aprobada por unanimidad en el Parlamento Catalán en 1982 y promulgada el 22 de abril de 1983. Así pues, la aquiescencia política por parte de los inmigrantes coincide con la unidad política entre la población autóctona. ¿Cuáles son las razones de esa coincidencia?

En el presente artículo utilizamos los datos recogidos por Solé en 1978 y 1983 (ver Solé C., 1981, 1985), nuevamente analizados aquí para responder a esta cuestión. Solé estudió las actitudes de los inmigrantes y de la población autóctona referente a la lengua y a otros aspectos socio-culturales de su integración en Cataluña. (Ver Solé, 1981, pp. 391-451, para la descripción técnica de la encuesta de nov. 1978.) A primera vista, la configuración de las actitudes que la autora señala podría llevarnos erróneamente a predecir tanto una unidad política entre los inmigrantes para frenar la corriente de normalización del catalán, como una desunión política entre los autóctonos en una tentativa por realizar el proyecto de renacimiento lingüístico. Sin embargo, si incluimos las actitudes descritas en una teoría de estructura de oportunidades (como la teoría de los juegos), podremos comprender de forma más concisa y sistemática la base social de los grupos lingüísticos políticamente organizados y las actitudes sobre las que se fundamenta la asimilación lingüística.

de protesta difícilmente llegan a ser una respuesta política colectiva de los inmigrantes al desafío lingüístico catalán. Para una discusión de este caso ver «La Vanguardia», 26 marzo 1985 pp. 3, 21. La decisión de la Sala Segunda de lo Contencioso Administrativo de la Audiencia de Barcelona ha sido impugnada por la Generalitat. Las disposiciones actuales permiten que las enseñanzas sean impartidas en la lengua que se hable en la familia del niño hasta los tres primeros años de escuela. Después de ello se procede a una progresiva introducción de las asignaturas en catalán. Las disposiciones actuales se hallan articuladas en el Decret 362/1983, publicado en el «Diari Oficial de la Generalitat de Catalunya» el 31-VIII-1983, pp. 2.193-2.194.

ACTITUDES ANTE LA LENGUA DE INMIGRANTES Y AUTÓCTONOS

Veamos la Tabla A. Se pidió a los encuestados que eligieran entre si preferían que la enseñanza primaria se desarrollara: *a*) sólo en castellano; *b*) en castellano, con clases obligatorias de catalán; *c*) en castellano, con clases voluntarias de catalán; *d*) en castellano y catalán, mitad y mitad; *e*) en catalán, con clases obligatorias en castellano; *f*) en catalán, con clases voluntarias en castellano; o *g*) sólo en catalán. Hemos agrupado las opciones *b*) y *c*) en lo que ahora llamamos categoría de «promoción del castellano» y también hemos agrupado la *e*) y la *f*) en una categoría llamada «promoción del catalán». Solé (1985, p. 16) interpreta los resultados aquí ilustrados del modo siguiente: «En términos generales, los autóctonos dan su prioridad al catalán en la enseñanza primaria y los inmigrantes al castellano. Estos últimos manifiestan abiertamente su preferencia por esa lengua, siendo partidarios de combinarla con clases obligatorias o voluntarias de catalán. Sólo un 3 % de los inmigrantes entrevistados declara preferir el castellano como lengua exclusiva en la escuela sin posibilidad de aprender el catalán.» Las respuestas a otras preguntas convencieron a Solé en el sentido de que la población inmigrante está a favor de una cierta educación en catalán, debido a su opinión de que «es necesario conocer la lengua catalana para encontrar trabajo y vivir en Cataluña». (Solé, 1985, p. 50.)

Aprender catalán a fin de competir mejor en el mercado de trabajo es, qué duda cabe, una inversión sensata para los miembros de la comunidad inmigrante. Pero existen otras estrategias. De hecho, en teoría, hay muchas otras vías para que los inmigrantes afronten su situación de desventaja en el terreno lingüístico, para experimentar movilidad social. (Hirschman, 1970.) En primer lugar, pueden aceptar el hecho social de la normalización del catalán e intentar ascender en la escala ocupacional establecida por los autóctonos («lealtad», *loyalty*). Eso refleja claramente el conjunto de actitudes detectadas a través de los datos de Solé. En segundo lugar, pueden volver a buscar trabajo en su región natal o en alguna otra parte de España donde el castellano sea la lengua de movilidad social («salida», *exit*). Desde el principio de la «cruzada» por la normalización, pero debido, sobre todo, al giro de la situación económica y a la alta tasa de desempleo que se ha dado en Cataluña desde 1974, aproximadamente un 11 % de los inmigrantes interrogados por Solé en noviembre de 1983 tenían por lo menos a un miembro de la familia que había vuelto a su tierra de origen y probablemente —dadas las actitudes pro-integración mucho más intensas observadas por Solé en su segunda encuesta— el grupo que salió incluía a muchos de aquellos que se sentían más descontentos con las insti-

tuciones culturales catalanas o por las perspectivas económicas en Cataluña. (Solé, 1985, p. 48.) La tercera posibilidad es la «voz» (*voice*) a través de la acción política. Es interesante observar, a partir de los datos de Solé, que los sentimientos antinormalización que se dan entre los inmigrantes se correlacionan con sus alineaciones a un partido político (Solé, 1985, p. 20). Por ejemplo, el 48 % de los inmigrantes que votaron tanto al partido de derechas AP, como al izquierdista PSC-PSOE en las elecciones legislativas celebradas el 28 de octubre de 1982, apoyaban la promoción del castellano en la enseñanza primaria. Y Solé observa, en lo concerniente a los cambios surgidos en relación a la encuesta anterior, que la tendencia va en contra de que un solo partido político acapare el voto antinormalización. «La ideología política y el voto a un determinado partido», concluye la autora, «parecen influir menos hoy (1982) que en 1977 sobre esa cuestión que se concreta en la utilización del catalán en la escuela...» (Solé, 1985, p. 50).

Así enmarcada —dentro de la gama de oportunidades que se ofrece a la población inmigrante ante el desarrollo de la autonomía catalana— la disposición de las actitudes, tal como aparece en la tabla A, presenta una curiosa anomalía que describimos a continuación. La relativa pendiente de la curva de inmigrantes, con un máximo en «promoción del castellano», indica una unidad de criterios bastante fuerte entre ellos.⁴ Dicho de otra manera, el 87 % de los inmigrantes encuestados mantienen posiciones muy próximas en la escala lineal («promoción del castellano» y «mitad y mitad»). Sin embargo, a pesar de la unidad de actitudes entre la población de inmigrantes que pretende limitar el papel del catalán en la enseñanza primaria (y, como luego indicaremos, también en la vida pública), la realidad política catalana es bien distinta —a saber, no existe un movimiento político con-

4. La Direcció General de Política Lingüística, Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya, ha publicado *Les expectatives d'ús, actituds i necessitats lingüístiques entre la població adulta de l'aglomeració urbana barcelonina* (1984), basadas en una encuesta realizada en 1983, sobre la muestra del Área Metropolitana de Barcelona con aproximadamente las mismas técnicas de muestreo que las utilizadas por Solé. En dicha encuesta, las actitudes de la población de inmigrantes son mucho más favorables a la educación en catalán que los resultados de la encuesta de Solé. La única diferencia entre las dos encuestas es que en la primera la entrevista empezaba en catalán y el entrevistador pasaba al castellano sólo cuando era necesario. Todos los cuestionarios de Solé estaban redactados en castellano. Los distintos resultados de las dos encuestas demuestran hasta qué punto las actitudes lingüísticas dependen del contexto y de qué modo la lengua de presentación inicial influye en el contexto. A partir de la encuesta de la Generalitat, puede decirse que, situándola en el contexto lingüístico del castellano, la comunidad de inmigrantes del Área Metropolitana de Barcelona tiene opiniones poco entusiastas respecto al proyecto de renacimiento lingüístico del catalán y la extensión de su utilización al ámbito público.

solidado en Cataluña que apunte a frenar la corriente de la normalización.⁵

Entretanto, la curva que describe las actitudes de la población autóctona es relativamente plana, lo cual refleja una clara *diversidad* de opiniones entre ellos. Una manera de indicar esta diversidad radica en señalar el hecho de que el 32 % de los encuestados entre la población autóctona tiene opiniones del extremo de la curva pro-catalán de «mitad y mitad» i el 24 % tiene sus opiniones del extremo pro-castellano. Y sin embargo, la población autóctona, al menos por lo que respecta a la normalización lingüística, se ha organizado políticamente de tal modo que presenta un frente unido en contra de la llamada hegemonía cultural de Castilla.

La hegemonía lingüística castellana serviría a los intereses, y parcialmente reflejaría los valores, de la mayoría de la población inmigrante —a excepción de los gallegoparlantes. Si esa hegemonía lingüística pudiera garantizar a los inmigrantes que no se les discriminaría en el trabajo por el hecho de no hablar el catalán, estarían aún menos dispuestos a aprenderlo —como indican los datos analizados. Y esto nos conduce a la anomalía: si la población autóctona se halla más dividida en sus actitudes con respecto a la normalización lingüística, ¿por qué está más unida en su organización política? Si la población de inmigrantes está tan unida en sus actitudes, ¿por qué han ejercido la «lealtad» y la «salida», y no la «voz»? ¿Acaso no debería su unidad en actitudes, además de su elevado número (un 45 % de la población total catalana, aproximadamente), hacer de la «voz» una opción atractiva? A la luz de los datos de Solé, ¿qué factor o causa explica la hegemonía política de la «normalización» en la política catalana de los años ochenta?

5. Russell Hardin, autor de *Collective Action* (Baltimore: John Hopkins Press, 1982) nos indica (en una comunicación personal) que no es sorprendente que los inmigrantes hayan optado por la alternativa de «salida», adjurando de la «voz». Primero, porque *existe* un hogar al que regresar, la «salida» constituye una oportunidad muy fácil, en tanto que la «voz» requiere tiempo y esfuerzo. Segundo, dado que los inmigrantes tienden a emigrar por razones de beneficio personal (más que comunitario), es razonable suponer que la acción comunitaria orientada a obtener unos beneficios colectivos no aparece en lugar destacado en su lista de prioridades. Esas reflexiones son dignas de tener en cuenta, pero sigue siendo problemático que las élites políticas no hayan intentado movilizar a la comunidad de inmigrantes en cuestiones de orden local. Es interesante observar, por ejemplo, que la abstención de los inmigrantes en las elecciones autonómicas es muy superior a la de las elecciones legislativas. Esta diferencia ayudaría a explicar por qué CiU, coalición nacionalista catalana, representativa de núcleos autóctonos, tuviera tanto éxito en las elecciones autonómicas de 1980. (Ver Equipo de Sociología Electoral, pp. 162-163.)

EXPLICACIÓN DEL ÉXITO POLÍTICO DE LA NORMALIZACIÓN LINGÜÍSTICA

Existe una explicación de orden coyuntural muy convincente para la anomalía presentada en el apartado anterior. En la conciencia pública, el *franquismo* se vinculaba con la antidemocracia, la antiautonomía y el antiplurilingüismo. Cataluña, en su lucha por la autonomía y en contra del autoritarismo durante una generación de rígido control político, se convirtió en símbolo de democracia y de autonomía lingüística.⁶

Por lo tanto, en la era posfranquista, oponerse públicamente a la normalización lingüística significaba cierta oposición privada a la democracia. Por ello, el amplio compromiso de las élites políticas con la democracia hizo que las apelaciones públicas en contra de la normalización resultaran sospechosas.

Más allá de esa histórica eventualidad de que la causa del catalán fuera asociada a la democracia, la explicación de orden coyuntural apunta a que en el período de transición, desde 1977, los grupos organizados que más apoyo recibieron por parte de los trabajadores inmigrantes —el PSOE (socialistas), el PSUC (comunistas) y los sindicatos—, cada uno de ellos por razones específicas, no tuvieron interés en actuar como vanguardia en la lucha contra la recatalanización de Cataluña.

Los socialistas de Cataluña han sido tradicionalmente «catalanistas» moderados. Su alianza electoral con el PSOE, que captó los votos de tantos inmigrantes en 1977 y 1982, quitó rentabilidad política al tema de la normalización de la lengua catalana, prefiriendo dar énfasis a los aspectos culturales más que a los lingüísticos al tratar la cuestión nacional catalana en la etapa de la transición.

En cuanto al Partido Comunista en Cataluña (PSUC), sus fundadores eran autóctonos y su base social entre los no autóctonos se componía en un principio sustancialmente por inmigrantes procedentes en su mayoría de Murcia, Valencia y Aragón, para ampliarse más adelante con andaluces y extremeños. Muchos de los primeros conocían ya alguna variante regional del catalán y la cuestión de la normalización resultaba menos amenazadora. Por ello el PSUC tuvo menos problemas y más eficacia al plantear la cuestión de la «normalización» en el marco de su incesante lucha por las reivindicaciones nacionalistas desde su fundación en 1936. Resulta significativo que Jordi Pujol, actual presidente de la Generalitat de Cataluña y líder de CDC, un partido de centro, haya reconocido por escrito el apoyo del

6. Por supuesto, muchos catalanes colaboraron con Franco, y muchos se aprovecharon inmensamente del franquismo.

PSUC al nacionalismo catalán. (Pujol, 1976; para la orientación nacionalista del PSUC, consultar Vallverdú, 1981, pp. 161-168.) Por último, los sindicatos, en los que aproximadamente la mitad de sus miembros son autóctonos, no se hallaban en posición de luchar prioritariamente contra la «normalización». De hecho, sus líderes inmigrantes han hecho un esfuerzo conjunto por integrarse socialmente (y lingüísticamente) en la vida catalana y han intentado ayudar al resto de los miembros a hacer lo propio.

Durante la etapa de la transición, mientras los partidos políticos que cuentan con un fuerte apoyo electoral entre los trabajadores inmigrantes tratan de sortear la cuestión de la normalización lingüística, la alta burguesía catalana (con su suerte económica ligada al mercado español), la pequeña burguesía y los elementos rurales (el corazón del latir nacionalista) acaban apoyando a CDC y a los partidos aliados a la misma. En 1977 la burguesía industrial catalana, organizada territorialmente bajo el Fomento del Trabajo Nacional, concedió su apoyo tácito a la Unión del Centro Democrático (UCD). Sin embargo, en las elecciones autonómicas de 1980, el Fomento estuvo dispuesto a aceptar el nacionalismo de Jordi Pujol y apoyarlo financieramente, para contrarrestar el creciente desafío del socialismo. Con la creciente popularidad del PSOE en España tras las elecciones generales de 1982 y la decreciente viabilidad de la UCD, el Fomento reforzó su apoyo a Pujol y se manifestó más nacionalista. De hecho, justo antes de las elecciones autonómicas de 1984, publicó un escrito, «Cataluña ante las urnas», en el que denunciaba al socialismo utilizando terminología nacionalista. El socialismo representa una opción, afirma el documento, de «alejamiento de nuestras esencias» (1984, p. 3). En otras palabras, en su temor por el socialismo español y a la vista del colapso del centro político en el conjunto de España, el Fomento se encuentra progresiva y más fuertemente aliado con —a veces prestando apoyo financiero— el partido político que más intensamente se halla a favor de la autonomía catalana. Esa posición podría, a largo plazo, amenazar los intereses del Fomento en el logrado acceso de sus empresarios miembros a la totalidad del mercado español.

Con la aceptación, más o menos tácita, de la plataforma de CDC por parte de Fomento, el partido representaba transversalmente a los diversos estratos sociales autóctonos. Un estudio de los delegados asistentes al V Congreso de la CDC (1977) mostró que el 95,2 % había nacido en Cataluña y procedía de estratos sociales medios o altos: profesionales, 13,9 %; empresarios e industriales, 8,8 %; comerciantes, 12,3 %; directivos asalariados, 17,9 %; técnicos, 14,4 %; administrativos, 19,2 %. Pero tan sólo el 3,7 % eran trabajadores y el 1,6 % funcionarios del gobierno. (Marcet, 1984, pp. 195, 202.) Esta unidad de las clases medias y altas puede sostenerse únicamente sobre el fundamento de una cultura común. Y ello ha funcionado,

como alianza electoral de CDC, obteniendo únicamente el 16,8 % de los votos en las elecciones legislativas de 1977, y el 45 % (con el 52,9 % de escaños en el Parlamento catalán) en las elecciones autonómicas de 1984. Con una potente base de apoyo en la población autóctona, y en ausencia de una crítica real a su política lingüística por parte de la oposición, es decir, los socialistas, la política de normalización del catalán de CDC no se ha puesto en cuestión.

La coincidencia histórica, pues, parece dar sentido a las preguntas sobre por qué las fuerzas inmigrantes o cualquier fuerza centralista actuando desde Madrid han sido incapaces de articular un proyecto serio de «Castellano para todos los españoles»; y por qué las divisiones en el seno de la población autóctona de Cataluña no han supuesto un impedimento al proyecto de renacimiento lingüístico.

Aunque no hayamos podido encontrar defecto alguno en este argumento coyuntural, a nosotros, científicos sociales, nos resulta incompleto. ¿Qué puede enseñarnos este caso de descentralización lingüística sobre la relación entre las fuerzas políticas y la lengua? ¿Qué puede mostrarnos esa explicación si lo que nos interesa es incidir en el cambio social o en el fluir de la historia? Las explicaciones coyunturales exentas de base teórica nos recuerdan aquella caricatura que Voltaire hizo de Leibniz: «lo que sucedió tenía que suceder, y como es el mejor de todos los mundos posibles, lo que sucedió es bueno». ¿Sería posible desarrollar una explicación más general —o estructural— de la anomalía presentada por la disyunción de actitudes y acción políticas con respecto a la normalización lingüística en Cataluña?

Hay dos posibles respuestas a nuestro problema, de carácter más general: una subraya el predominio político y la otra los recursos políticos. Ninguna de las dos resulta, a nuestro modo de ver, satisfactoria. En cuanto a la primera, la cuestión más importante, tanto en España como en Cataluña, en la década de los ochenta, al menos desde el punto de vista de las clases trabajadoras, tiene que ver con la situación económica y el empleo. ¿En manos de quién estarán las futuras decisiones de inversión y qué derechos podrán ejercer los trabajadores desde sus puestos de trabajo? La distancia ideológica entre los socialistas y el grupo centro-derecha sobre estas cuestiones centra el debate político y la atención de los electores de clase obrera. De ahí, quizá, que la cuestión de la normalización lingüística sea contemplada por los trabajadores como un tema poco central, que preocupa a la clase media catalana pero de poca importancia para los obreros, entre quienes son mayoría los inmigrantes.⁷

7. Además, los hijos de los inmigrantes se están volviendo, como mínimo, bilingües pasivos; el catalán es muy próximo al castellano y fácil de aprender.

El argumento tiene sus fallos. En primer lugar, contrasta la evidencia comparativa de cualquier política lingüística. Sea en Canadá, en Bélgica, India o los Estados Unidos, cuando un grupo lingüístico decide promover su lengua, el otro grupo lingüístico se organiza en una respuesta política. Y cuando las diferencias lingüísticas coinciden, en líneas generales, con la estratificación ocupacional, como sucede en algunas zonas industriales de Cataluña, los sociólogos esperan que los conflictos resulten aún más vitales. Desde una perspectiva comparativa, resulta sorprendente que una comunidad lingüística promueva su lengua a expensas de la otra y que ésta no conceda importancia a ese hecho. El argumento del poco predominio político de los inmigrantes es poco convincente. El segundo fallo se centra más en el caso que nos ocupa. Está claro para muchos observadores del problema de la lengua en Cataluña que por ambas partes se respiran tensiones. Los comentarios en la calle, en las fábricas y en la prensa expresan a veces, entre los castellanoparlantes,⁸ un cierto sentimiento de «discriminación lingüística». De ahí que la cuestión de la lengua sea importante entre la población de inmigrantes, aunque ello no se traduzca a nivel político.

Esto nos lleva al tema de los recursos políticos. De todos es bien sabido que la burguesía alta y media autóctona domina económicamente y ejerce control sobre la prensa local. Asimismo, la organización política quizá resulta más fácil entre la gente asentada desde hace tiempo que entre los recién llegados. Por último, cabría señalar que si, por una parte, los autóctonos están unidos por su cultura catalana, los inmigrantes que proceden de zonas tan dispares como Andalucía, Castilla, Galicia, Navarra y Aragón, se hallan culturalmente menos cohesionados. Las diferencias de origen entre la población inmigrante podrían explicar parcialmente que la organización política entre ellos resultara más difícil. Este argumento contrasta con la realidad de que ya existen organizaciones políticas interesadas por captar el voto del inmigrante —a saber, partidos políticos de derechas y de izquierdas y los sindicatos. Como hemos dicho anteriormente, ni los socialistas, ni los comunistas, ni los sindicatos han utilizado los recursos políticos disponibles

8. Para una descripción sociológica del grado posible de conflicto lingüístico en Barcelona, latente o no, ver K. Woolard (1983). Sin embargo, en una comunicación personal, el profesor Juan Linz decía que «el relativo dominio del catalán o el castellano en Cataluña, después de las decisiones constitucionales básicas que se han tomado y de que Cataluña haya optado por la autonomía dentro del Estado español... —con muy pocos signos o ninguno de aspiraciones secesionistas— es de relativamente poco interés para la mayoría de los españoles y para el gobierno de Madrid». Estamos de acuerdo con esta afirmación, pero nos gustaría añadir que, dadas las tensiones a nivel local descritas por Woolard, la poca presencia política por parte de las élites políticas de Madrid requiere en sí misma una explicación.

para enfrentarse directamente a la corriente actual de renacimiento lingüístico. Y los nuevos partidos políticos que pretendían representar a los inmigrantes andaluces en Cataluña (Partido Socialista de Andalucía) tuvieron resultados electorales insignificantes (Shabad y Gunther, 1982, p. 472). Las organizaciones existen, pero las ya establecidas no han utilizado sus recursos para hacer frente a la normalización y las nuevas no han *podido* demostrar que exista una auténtica alienación política en Cataluña entre los inmigrantes ante el reto lingüístico. Eso nos vuelve a nuestra pregunta inicial: ¿puede extraerse lección alguna del hecho de que haya una mejor organización y solidaridad políticas entre la mayoría de la población autóctona, cuando la población de inmigrantes valora, en su conjunto, una política distinta?

EXPLICACIÓN ALTERNATIVA: TEORÍA DE LOS JUEGOS

Nos gustaría presentar ahora una explicación alternativa a la anomalía política en relación con la lengua en Cataluña. Seguiremos utilizando los datos de Solé, pero incluyéndolos esta vez no ya en una escala de valores lineal, sino en una matriz teórica de juego. A partir de aquí, creemos poder dar sentido a una serie de incentivos estructurales de cara a la organización política en la cuestión de la lengua.

Introducción a la teoría de los juegos

La teoría de los juegos, desarrollada matemáticamente por John von Newman y Oskar Morgenstern en 1944, ha tenido aplicaciones prácticas en las ciencias sociales desde áreas como la estrategia militar (Schelling, 1960) a las campañas presidenciales (Brams, 1978). En palabras de Russell Hardin (1982): «La mayor fuerza de la teoría de los juegos estriba en que explicita los aspectos estratégicos de las interacciones sociales [...] La principal contribución de la teoría de los juegos a los científicos sociales no es la teoría abstrusa, sino simplemente la forma en que se representan los juegos individuales, especialmente en la forma de matriz de juegos resultante o estratégica. En la forma estratégica, las estructuras de algunos juegos son suficientemente obvias para llevar a quienes en un principio las diseñaron, a reformular su razonamiento» (Hardin, R., 1982, p. 23).

A modo de ejemplo introductorio, consideremos el clásico juego del «dilema del prisionero» para mostrar el poder de la matriz teórica de juego

con vistas a representar con claridad la estructura de la acción estratégica y explicar por qué los resultados deseados individualmente por las partes implicadas en un sistema social no se alcanzan. Ambos objetivos son relevantes en el caso de la aplicación de una u otra a la política lingüística, que aquí nos ocupa. El juego del «dilema del prisionero» parte del supuesto inicial de que dos muchachos han robado un banco, entre otros delitos. Falta, sin embargo, evidencia completa del delito de robo. El fiscal necesita hacerles confesar, pues no está seguro de que el juez y el jurado les hallen culpables. ¿Cómo puede hacerles confesar? Da la orden de separar a ambos muchachos en salas distintas. Visita a cada uno de ellos por separado y les brinda la misma oportunidad, diciéndoles lo siguiente: «Confiesa tu culpa. Si confiesas y tu compañero no lo hace, puedes volver a casa en libertad. Si no confiesas y tu compañero sí confiesa, pediré al tribunal una sentencia de diez años de cárcel. Si los dos confesais, pediré una sentencia de cinco años para cada uno. Si ni tú ni tu compañero confesais, pediré una sentencia de un año de cárcel para cada uno, en base a una acusación por delito menor, de la que tengo plena evidencia.» Esta situación pone en un verdadero dilema a cada muchacho.

Para comprender mejor el dilema podemos enmarcar esa situación en la forma de matriz expuesta a continuación:

		<i>Muchacho 2.º</i>	
		confesar	no confesar
<i>Muchacho 1.º</i>	confesar	2,2	4,1
	no confesar	1,4	3,3

Para leer correctamente la matriz es preciso tener en cuenta que cada casilla representa el punto de conjunción de las elecciones de cada muchacho o «jugador» en esa situación o «juego». El primer número de cada casilla representa el resultado del jugador de la fila (en ese caso, el muchacho 1.º). El segundo número indica el resultado del jugador de la columna (en ese caso, el muchacho 2.º). Los resultados se expresan, generalmente y también en nuestro escrito, según las preferencias ordinales. Así, «4» (4 puntos) significa la primera (y más beneficiosa) elección de un jugador; y «1» (1 punto) representa la última (y menos beneficiosa) elección de un jugador. En el juego del dilema del prisionero, la primera elección (4 puntos) para

el muchacho 1.º representa la situación siguiente, en respuesta a la proposición del fiscal: «Yo confieso y mi compañero no confiesa, por lo tanto soy libre.» La segunda elección, en orden de importancia, tiene una puntuación de 3. Expresa el razonamiento siguiente del muchacho 1.º: «Ni yo ni mi compañero confesamos; por lo tanto, me condenan a un año de cárcel.» La tercera elección (2 puntos) representa la situación en que el muchacho 1.º se dice: «Mi compañero y yo confesamos; en consecuencia, me condenan a cinco años de cárcel.» Por último, la peor elección para el muchacho 1.º (1 punto) es aquella en que «el otro compañero confiesa y yo no confieso; por lo tanto, me condenan a diez años de cárcel». Los resultados en el caso del muchacho 2.º son los mismos, pero invertidos, según la situación; es decir, seguirían el orden: 1, 2, 3, 4 de prelación, de acuerdo con las elecciones tomadas por el muchacho 1.º.

En la teoría matemática de los juegos de Von Neuman y Morgenstern se establece que la estrategia más racional, en condiciones normales, es una estrategia de «maximin», que se formula por el principio de que: es mejor evitar lo peor que ganar lo mejor. En el «dilema del prisionero» ambos muchachos tienen las mismas oportunidades de elección y la misma decisión posible. Si deciden «confesar», pueden recibir uno y otro una puntuación de dos (si el otro compañero también confiesa) o de cuatro puntos (si el otro compañero no confiesa). Si deciden «no confesar», uno y otro pueden recibir una puntuación de uno (si el otro compañero confiesa) o de tres puntos (si el otro muchacho no confiesa). Ambos se encuentran ante el hecho de tener que elegir entre dos y cuatro puntos, o bien entre uno y tres. Siguiendo la estrategia de «maximin», para evitar lo peor es racional elegir dos y cuatro puntos; es decir, para cada uno de los muchachos, evitar el peor resultado significa confesar. Por ello el resultado final es el «2,2» en la casilla superior izquierda de la matriz; es decir, dada la incomunicación entre ambos prisioneros, la de confesar (presumiendo que el otro compañero hará lo mismo) y ser condenado a cinco años de cárcel. De acuerdo con la teoría de los juegos, la solución racional para cada uno de los muchachos por separado es peor que la solución racional desde el punto de vista colectivo. El resultado colectivo máximo es «3,3» (de suma, seis), pero por racionalidad individual, el resultado colectivo es «2,2» (de suma, cuatro), dada la situación en que deciden ambos muchachos. Así pues, la estructura de la situación pesa más que las preferencias individuales de uno y otro jugador.

Juegos de los inmigrantes

En primer lugar, volvamos a analizar las actitudes de los inmigrantes. Los datos de Solé nos muestran la esencia del problema al que se enfrentan los inmigrantes ante la normalización de la lengua catalana. Por una parte, se dan cuenta de la necesidad de aprender el catalán, aunque esa necesidad no sea objetivamente apremiante. El 93 % de los inmigrantes encuestados establecen una correlación entre aprender catalán y conseguir un puesto de trabajo (Solé, 1985, tabla 2). Por otra parte, muchos inmigrantes reconocen lo innecesario que es aprender el catalán, dado que todo el mundo en el país habla el castellano. Además, el 70 % de los inmigrantes, comparado con el 54 % de los autóctonos, aproximadamente, contesta que *no* es necesario aprender el catalán porque Cataluña forma parte de España (Solé, 1985, tabla 3). Los datos referentes a actitudes deberían permitirnos, por lo tanto, predecir presiones tanto a favor de la asimilación lingüística al catalán como de rechazo del mismo.

La teoría de los juegos nos invita a contemplar la situación lingüística como una situación de competencia entre inmigrantes, al igual que de competencia entre inmigrantes y autóctonos. Los datos sobre el uso del catalán en el lugar de trabajo sugieren, por ejemplo, que existe cierta competencia entre los inmigrantes por la obtención de trabajos de carácter administrativo, en el bien entendido de que aquel que aprenda catalán primero y mejor tendrá ventajas. Ello queda gráficamente representado en la tabla B del presente artículo. Vamos a llamar a esta matriz⁹ «juego de asimilación competitiva». Desde esta perspectiva, cada inmigrante desea hablar catalán mejor que su vecino, lo cual le confiere cierta ventaja en el mercado de trabajo. Su primera preferencia sería hablar catalán mientras su vecino siguiera siendo castellanoparlante monolingüe; su última opción sería la de que su vecino hablara catalán y él no. Dada la aceptación general de la cultura catalana por parte de los inmigrantes (casi el 90 % está de acuerdo con la proposición de que «deberíamos aprender el catalán porque vivimos en Cataluña») (Solé, 1985, tabla 2), deducimos que haga lo que haga nuestro vecino, es mejor aprender algo de catalán que no aprenderlo en absoluto. Seguramente los inmigrantes preferirían un papel muy limitado del catalán en la vida pública. En declaraciones a la policía tan sólo el 19 % y en sentencias judiciales tan sólo el 22 % de los inmigrantes encuestados apoyan

9. La literatura sociolingüística que explica el comportamiento lingüístico de los inmigrantes tiene su ejemplo clásico en el concepto de la «lealtad» a la lengua materna (Fishman, 1966). El análisis teórico del juego contenido en este artículo se ocupa menos de la relación afectiva del inmigrante hacia su propia lengua que de la estructura de oportunidades lingüísticas que le ofrece la sociedad receptora.

el uso del catalán, siendo ambas cifras inferiores a las de aquellos que querían al menos cierto grado de educación en catalán. Por otra parte, mientras sólo el 3 % de los inmigrantes encuestados piensa que la educación había de ser en castellano únicamente, el 14 % opina que todos los programas de televisión debían ser en castellano. (Solé, 1985, tablas 13 i 14.) Así pues, para cualquier inmigrante, la puntuación de mejor a peor de esa situación sería la siguiente: 4, aprender el catalán mientras que el otro inmigrante no lo hace; 3, que los dos aprendan un poco de catalán; 2, que los dos no aprendan el catalán; 1, que el otro inmigrante aprenda el catalán y uno mismo no lo aprenda.

La estrategia teórica del juego de «maximin» (evitar el peor resultado posible antes de maximizar la propia compensación) —considerada en la mayoría de las ocasiones como la mejor estrategia para el éxito a largo plazo— nos sitúa en la casilla superior izquierda, donde ambos jugadores aceptan la «normalización», es decir, aprender el catalán. Esta solución ofrece mayores compensaciones individuales y mayores compensaciones conjuntas que un rechazo coordinado del catalán. Es, por consiguiente, un resultado estable, ya que ninguno de los dos jugadores tiene el incentivo de cambiar de opción y amenazar al otro; cualquier movimiento de cualquiera de los jugadores reducirá necesariamente su propio beneficio y dará a su oponente una mejor puntuación. Por último, no existe incentivo a la colaboración, ya que ambos jugadores tienen una «estrategia dominante» (es decir, una estrategia en la cual, al usarla, un jugador no podrá ya actuar peor, sino que por lo general lo hará mejor, independientemente de la estrategia escogida por el otro jugador) (Rapoport y Guyer, p. 205). Por consiguiente, un esfuerzo político común (mostrando solidaridad) no podría colocar a ninguno de los dos jugadores en una posición mejor ni tampoco proporcionar un beneficio colectivo. La maximización de la utilidad individual le proporciona a uno una compensación tan buena como la que se podría alcanzar a través de una (costosa) colaboración política. Desde el punto de vista teórico del juego, la aceptación de la normalización lingüística por parte de los inmigrantes es, en parte, función de un conflicto interno en la comunidad de inmigrantes; y es racional, aun cuando idealmente, la mayoría de inmigrantes preferiría un papel más limitado del catalán en la vida pública.

Juegos de los autóctonos

Volvamos ahora nuestra atención hacia la segunda parte de nuestro tema: ¿cómo se explica que una comunidad autóctona que se halla dividida

en sus actitudes respecto a la lengua en la enseñanza, haya sido capaz de demostrar unidad en el avance progresivo de un movimiento de renacimiento lingüístico? El primer problema que afrontamos al analizar esta situación es el de dar nombre a los distintos jugadores; o, dicho en otras palabras, describir el origen del conflicto lingüístico según los autóctonos encuestados situados a ambos lados de la curva que aparece en la tabla A.

En este apartado presentamos dos interpretaciones de quiénes son estos jugadores. En primer lugar presentamos un modelo teórico de juego basado en la opinión popular sobre las divisiones sociales existentes en el seno de la sociedad catalana; es decir, el juego que coloca al «catalanista» frente al «españolista». Esa posición no tiene base empírica sociológica. No obstante, *suponemos* que este marco social refleja unas divisiones reales dentro de la sociedad catalana; que la gente actúa a menudo como si de un hecho social se tratara. La presuposición, por así decirlo, puede crear la realidad. El segundo modelo teórico de juegos refleja las divisiones de actitudes recogidas en las investigaciones de Solé y en un estudio empírico complementario sobre las élites en Cataluña llevado a cabo por Laitin y Solé.¹⁰ Ambos modelos apoyan la misma conclusión: es estratégicamente beneficioso para todos los catalanes apoyar un proyecto político común sobre la lengua. En otras palabras, y para los fines del presente artículo, no hemos de decidir qué jugadores representan con mayor exactitud el verdadero juego de la lengua catalana, ya que ambos modelos concomitantes muestran los incentivos que tienen los autóctonos para organizarse políticamente con respecto a la lengua.

El primer modelo de juego que describimos se basa en la suposición de que los catalanes autóctonos que son promotores del castellano (el extremo izquierdo del gráfico, a partir de «mitad y mitad» en la tabla A) constituyen un grupo natural de «españolistas» (en términos de Colomer, 1983). Estos españolistas proceden en su mayoría de la alta burguesía —especialmente aquellos industriales que han necesitado del mercado español como base para su ulterior crecimiento orientado hacia las exportaciones. Ésta es la clase que habla de un mercado «nacional». Estos españolistas en Cataluña fueron los primeros en comprometerse con el régimen centralista de Franco, que, entre otras cosas, prohibió el uso público del catalán. En el otro extremo del gráfico de la tabla A, a partir de «mitad y mitad» —es decir, aquellos que

10. Este estudio, realizado en mayo-junio de 1985, se basó en un cuestionario enviado a 454 personas repartidas entre alcaldes de municipios catalanes de más de dos mil habitantes, miembros del Parlamento catalán y diputados de Cataluña al Congreso de Madrid. Teniendo en cuenta que los datos no han sido todavía exhaustivamente analizados, en este artículo podemos presentar únicamente algunos resultados preliminares.

apoyan la promoción del catalán— se hallan los «catalanistas». En Cataluña, la pequeña burguesía urbana y la población rural, en una tentativa por conservar su estatus frente a la alta burguesía, y más recientemente, también frente al reto que supone la presencia de los inmigrantes, constituye la base popular de la promoción del catalán.

Supongamos que dicha división es real y que ambos grupos de jugadores han de tomar una decisión sobre la educación de sus propios hijos, a saber, si mandarlos a una escuela donde se usa el catalán o a una escuela donde se utiliza el castellano. Esta elección supone un dilema real para los padres autóctonos. Resulta además muy acomodaticio a los fines de la teoría de los juegos, porque el éxito estratégico de cualquier decisión de un padre depende de las opciones escogidas por los otros jugadores. Consideremos primero al españolista. Su primera elección consistiría en que todo el mundo rechazara la normalización, puesto que si todos aceptan el castellano, no habrá problemas de comunicación y todo seguirá funcionando con normalidad. Al poder establecer contactos por toda España y apoyarse en una fuerza laboral castellanoparlante, el «españolista» pagaría un precio muy bajo si muchos catalanes estudiaran en catalán en tanto que otros (incluyendo a sus hijos) siguieran su educación en castellano. De las cuatro opciones disponibles, ésta sería la que escogería en segundo lugar. La peor opción es evidente: el «españolista», en un arranque de nacionalismo catalán idealista, envía a sus hijos a una escuela catalana, mientras el «catalanista» —en un arranque de realismo lingüístico— lleva los suyos a una escuela castellana. La tercera opción para el españolista sería, pues, que ambos jugadores apoyaran la normalización lingüística.

Los tantos resultantes para el catalanista —y repito que aquí no nos apoyamos en datos empíricos sino que damos una representación en caricatura de nuestro punto de vista— son las siguientes: «4»: una Cataluña en la que todo el mundo apoyara con entusiasmo la normalización lingüística; «3»: una Cataluña en la que todo el mundo siguiera hablando castellano y estudiando principalmente en castellano;¹¹ «2»: una situación en la que el catalanista acepta la normalización pero el españolista no; y «1»: una situación en la que el catalanista desperdicia una oportunidad histórica al no apoyar la normalización lingüística cuando el españolista sí lo hace.

La estructura de juego resultante (ver la matriz C-1) es mucho más compleja que la del juego de asimilación competitiva. El españolista tiene una

11. De hecho, éste es un código o clasificación discutible. Lo establecemos de este modo en base a la literatura nacionalista catalana que refleja el interés por conservar la unidad cultural de todos los catalanes. De acuerdo con esas fuentes, la unidad en catalán es mejor que la unidad en castellano; pero la división lingüística en el seno de la comunidad catalana es peor que la unidad en castellano.

estrategia dominante: rechazar la normalización. Al observar la situación del españolista, los expertos en la teoría de los juegos señalan que es racional que el catalanista (que no tiene una estrategia dominante) rechace la «minimax» (que le llevaría a aceptar la normalización lingüística del catalán), a fin de conseguir el resultado seguro de «3» al rechazar la normalización. El resultado de «4,3», por el que ambos jugadores rechazan la normalización, es estable y aporta colectivamente mayores beneficios que el resultado expresado en cualquier otra casilla.

Al catalanista no le faltan, sin embargo, incentivos para mejorar su posición. Lo que precisa es una estrategia de doble filo. Primero, puede amenazar con optar por «aceptar» (la normalización) unilateralmente; en ese caso ambos jugadores perderían un punto. Puede luego apelar a razones ideológicas en favor de la unidad del catalán, procurando invertir las preferencias «3» y «2» del españolista. Si llega a convencer al españolista del valor de la unidad cultural catalana, y a convencer también al españolista de que él (catalanista) nunca escogerá el «rechazo» (a la normalización), se halla entonces en una posición razonable para desplazarse a la parte inferior derecha, aunque en esa casilla no exista la compensación resultante: «3,2».

A grandes rasgos, ésta es una descripción bastante exacta de la política lingüística y sus cambios en Cataluña desde la muerte de Franco. Los catalanistas radicales se comprometieron a «aceptar» (la normalización) y luego hicieron manifestaciones públicas y dieron argumentos ideológicos instando a la «catalanidad» del conjunto de la población, incluida la alta burguesía.¹²

El punto clave de la matriz C-1 es que la estructura de conflicto proporciona incentivos a los catalanistas para organizarse primero entre ellos, luego lanzar una amenaza creíble a los españolistas y así intentar conseguir, a través de la política, la incorporación de los españolistas a la «cruzada» de normalización del catalán. El españolista no tiene razón alguna para luchar por ella. La peor situación para él se refleja en el resultado «3», aun cuando se mantenga completamente neutral y pasivo. Pero si cualquier españolista, convencido por la labor ideológica del catalanista, cambiara sus preferencias de «3» a «2», tendría entonces un fuerte incentivo para establecer un pacto sobre la normalización que se reflejaría en la combinación de resultados en la casilla inferior derecha y le llevaría a organizarse contra los tramposos que querrían seguir ubicados en la casilla superior derecha. En otras palabras, existen incentivos estructurales para que los españolistas reconvertidos se unan a la acción política colectiva, pero muy pocos incentivos para

12. Como indicábamos anteriormente, el hecho de que el franquismo se desacreditara, asociado al anticatalanismo, facilitó mucho esa labor ideológica.

que los españolistas radicales se organicen en contra del proyecto lingüístico catalán. El grado actual de organización política entre los catalanes en torno al renacimiento lingüístico se explica, al menos en parte, a través de la estructura teórica del juego en el que se enfrentan.

Es interesante observar que los datos de Solé no revelan diferencias profundas en actitudes y opiniones respecto a la lengua entre los autóctonos encuestados pertenecientes a distintas clases sociales. Tanto es así, que si subdividimos el gráfico de la tabla A por clases sociales, vemos que el 26 % de la clase media alta, el 23 % de la clase media-baja y el 26 % de la clase obrera son «promotores del castellano». (Solé, 1985, p. 17.) Los datos empíricos disponibles sugieren que las divisiones que se reflejan en la tabla A no se basan en la categoría de clases sociales. La división por clases sociales entre españolistas y catalanistas no tiene base empírica.

Por el contrario, pensamos que las diferencias que aparecen en la tabla A reflejan una profunda ambivalencia en un gran número de catalanes. Existe cierta base empírica para esta «ambivalencia unificada» en la interpretación de las actitudes de los catalanes de origen. (Ver tabla D.) En la encuesta por correo realizada por Laitin y Solé, el 81 % de los encuestados (el 95 % de aquéllos dan una respuesta a esta pregunta) están de acuerdo con la opinión de que en el futuro (año 2000) les gustaría que «la normalización del catalán alcanzara su cima, y esa lengua se convirtiera en la dominante en las escuelas, TV y periódicos», mientras que sólo el 4 % (el 5 % de los que contestaron) eligieron la otra alternativa, prefiriendo que «el catalán y el castellano tuvieran la misma importancia en la vida cotidiana». Entre las élites (alcaldes y diputados entrevistados) ello refleja un apoyo masivo a la normalización del catalán. Los datos de Solé reflejan lo siguiente: el 93 % de los encuestados autóctonos están de acuerdo en que es necesario aprender el catalán porque «vivimos en Cataluña» y el 96 % está de acuerdo con esta necesidad porque saber catalán «es un grado más de cultura» (tabla 2, Solé, 1985). Estas opiniones trascienden cualquier división social.

La encuesta de Laitin-Solé profundiza sobre esta cuestión a través de las dos preguntas referentes a las preferencias de los encuestados para el año 2000. Tal como puede observarse en la tabla D, la gran mayoría apoya la unidad de educación en catalán, en una Cataluña donde las diversas familias autóctonas siguen distintas estrategias lingüísticas (la opción b' es preferida a b). Eso no es sorprendente. La respuesta a la siguiente alternativa (c o c'), sin embargo, es la siguiente: en una opción entre «todo el mundo estudie en castellano» y «la mitad estudie en castellano y la mitad estudie en catalán», la gran mayoría no puede decidir. Para aquellos que sí

se deciden, la opción elegida es «todo el mundo estudie en castellano» (28 % frente a 10 %).¹³

Los datos de nuestra encuesta sugieren el diseño de un juego distinto entre dos grupos de catalanes autóctonos, uno y otro sustentando la misma estructura de preferencias. La primera opción está clara para ambos: aceptar la normalización lingüística; la segunda también lo está: que ambos rechacen la normalización. La tercera y cuarta opciones sugieren una diferenciación entre los «optimistas», que escogerían aprender el catalán, mientras que otros se negarían a aprenderlo, aunque los demás lo estudiaran.¹⁴ El grupo de los «pesimistas», en la escala ordinal, escogería lo contrario. Esta estructura de compensaciones resultantes queda reflejada en la tabla C-2.

Los teóricos consideran que éste es un juego trivial, a pesar del hecho de que ninguno de los dos grupos de jugadores tenga una estrategia dominante. Indican que la estrategia de «maximin» (que nos colocaría en «2,2», el optimista acepta/el pesimista rechaza) no es la adecuada para ese juego, ya que ambos grupos de jugadores se harían rápidamente con la situación. Los teóricos se basan en el trabajo de Shelling, cuya teoría de «puntos focales» señala que a veces existe un resultado tan obvio y atractivo que un indicio de que cualquier jugador va a escoger una determinada opción resultaría inmediatamente creíble para el otro jugador, que, a su vez, haría su elección de acuerdo con ello. Evidentemente, la solución «4,4» (aceptar/aceptar la normalización) constituye uno de tales puntos focales.

En teoría, este resultado puede ser obvio; pero la realidad social y política hace que los resultados evidentes sean problemáticos. Se requiere algún mecanismo político que permita a los catalanes salir de la casilla «3,3», posición de inercia en la que se hallan, después de un largo período de opresión y aceptación pasiva, en los primeros momentos de la transición. Los optimistas (los nacionalistas catalanes activos) pretenden demostrar a los pesimistas que tienen la competencia suficiente para llevar a cabo con éxito un movimiento de plena revitalización de la lengua. Únicamente la perspectiva de éxito total por parte de los optimistas podía hacer decantarse

13. Otra manera de leer estos datos sería decir que esta muestra es quizá la más pro-catalanista posible: 99 de los 103 encuestados optan por contestar a las preguntas en catalán en lugar de hacerlo en castellano. Sin embargo, en esta serie de preguntas, sólo 7 encuestados escogen la secuencia (*a*, *b'*, *c*) que habría maximizado el número de clases en y de catalán, dentro del contexto de cada alternativa; prefieren la unidad en castellano a la división lingüística de su propia sociedad. Estos datos confirman nuestra discutible clasificación de los catalanistas de la tabla C-1. (Ver tabla D.)

14. Son «optimistas» en el sentido de que esperan que llegue el momento en que todo el mundo se dé cuenta de la importancia del catalán. Para simplificar los llamaremos nacionalistas catalanes activos. Son «pesimistas» los autóctonos que se niegan a aprender el catalán.

a los pesimistas hacia la opción de «aceptar». Los pesimistas podrían tener otra estrategia, aunque colectivamente menos atractiva que la de los optimistas: convencer a éstos de que, aunque algunos de ellos pudieran aceptar la normalización del catalán, nunca sería aceptada por todos. Por consiguiente, mejor es mantenerse en el *statu quo* alcanzado, que significa el aceptable resultado «3,3» a pesar de ser moderado.

Los optimistas no sólo deben hacer frente a una expectativa que ellos mismos han planteado, sino que además han de establecer los mecanismos políticos necesarios para controlar las posibles trampas de los otros jugadores. Toda persona autóctona que en su vida privada haga caso omiso a la normalización lingüística enviando sus hijos al extranjero, a escuelas privadas extranjeras, para que reciban una educación exenta de enseñanza de catalán; o simplemente, realizando sus actividades cotidianas de lectura, comunicación, etc., en castellano, atenta contra el resultado estable de: «4,4». Ante un posible fracaso del proyecto, los pesimistas se desplazarán en bloque hacia la opción de «rechazar» la normalización, con el agravante de acabar teniendo un resultado «1», es decir, aceptando la normalización, mientras todos los demás, incluyendo a los optimistas, empezarán a rechazarla.¹⁵ El resultado «aceptar/aceptar», aunque matemáticamente obvio y trivial, únicamente puede funcionar en la práctica si la organización política de los autóctonos garantiza el asentimiento general y el debido control de las trampas en el juego lingüístico. Así pues, la matriz C-2 muestra la base estructural para una acción política colectiva entre los autóctonos catalanes. De este modo, sea bajo la premisa de una supuesta división social entre españolista y catalanista (un mito que puede afectar a la realidad), sea a través de la matriz de compensaciones resultantes que refleja las actitudes analizadas empíricamente, se observa un incentivo estructural para la acción política colectiva, al menos respecto a la lengua, entre los autóctonos catalanes.

15. Con el fin de evitar trampas, los catalanistas más fanáticos se han organizado en los últimos años informalmente como «vigilantes» de la lengua. Envían cartas a la prensa, convocan manifestaciones, denuncian el incumplimiento de las leyes sobre normalización del catalán en programas de radio y en las calles. Tratan con enorme menosprecio a las personas que no cumplen con su parte en el pacto de utilizar el catalán en el dominio público. La organización *Crida a la Solidaritat* podría considerarse como el brazo vigilante del juego representativo del renacimiento actual de la lengua catalana (ver «El Món», núm. 159, 10-V-1985, p. 45, para una discusión de la Crida, después de su actuación el día 23 de abril, día de San Jorge, de 1985).

Juegos de instituciones de gobierno, inmigrantes y autóctonos

Los juegos lingüísticos presentados en el apartado anterior no pretenden ser un modelo general de política lingüística en Cataluña, sino más bien una respuesta a una anomalía paradójica presente en un conjunto de datos. Un modelo más completo de la situación lingüística tendría que incluir, por lo menos, otros dos juegos: uno entre la Generalitat y los inmigrantes y otro entre el gobierno central de España y la población autóctona de Cataluña. Presentaremos aquí esos dos juegos de forma que el lector pueda tener una visión más completa de la situación actual.

El juego entre la Generalitat y la comunidad de inmigrantes supone opciones distintas pero relacionadas (ver matriz E-1). Para la Generalitat, la cuestión es qué lengua debería ser la utilizada por la Administración pública: el catalán, el castellano o ambos. Para los inmigrantes, la elección se plantea entre aprender el catalán y volverse bilingües o aferrarse a su actual monolingüismo castellano. La primera opción de la Generalitat, dados sus lazos con una «nación» con más de siete siglos de historia, y dadas las circunstancias actuales de su reivindicación, sería administrar en catalán una comunidad que incluye a inmigrantes catalanoparlantes. No se trata, por supuesto, de controlar, de manera imperialista, a una comunidad de inmigrantes que ignora la lengua catalana. La segunda opción de la Generalitat de Cataluña es ejercer una administración bilingüe sobre una comunidad que engloba a inmigrantes bilingües. Una tercera opción consistiría en preferir una Administración bilingüe, aun cuando los inmigrantes fueran monolingües castellanos, a una Administración exclusivamente catalana, persistiendo los inmigrantes en su monolingüismo castellano. Las dos últimas alternativas consistirían en administrar también en castellano, prefiriendo contar con una comunidad bilingüe lingüísticamente asimilada.¹⁶

En base a los datos de Solé, cabe decir que la comunidad de inmigrantes considera el bilingüismo como algo deseable siempre que exista una Administración política en castellano como primera alternativa o una Administración bilingüe como segunda alternativa. Los inmigrantes preferirían mantenerse monolingües y ser administrados en castellano, o bien, lo que es algo peor para sus intereses, en ambas lenguas. Por último, considerarían una Administración totalmente catalana como un verdadero anatema. Una simple estrategia «maximin» para ambas partes involucradas en ese juego nos colocaría en la casilla superior media, donde ambos grupos de jugado-

16. Aunque algunos catalanes preferirían que los nuevos inmigrantes no se asimilaran lingüísticamente, estamos hablando aquí de los intereses del Gobierno de Cataluña; y suponemos que dicho Gobierno preferiría una región lingüísticamente homogénea.

res obtienen una puntuación muy satisfactoria. Aquí, la comunidad de inmigrantes se desplaza hacia el bilingüismo y la Generalitat administra en una situación en la que ambas lenguas son legales. Éste es un resultado estable que representa, de hecho, la situación política actual.

La Generalitat tendría, sin embargo, una mayor ventaja estratégica si llegara a excluir, en aras de la eficiencia, la segunda opción como demasiado costosa. Si la Generalitat pudiera excluir y efectivamente excluyera el bilingüismo como alternativa, el juego sería distinto. Para analizar dicho juego (ver matriz E-2) se requiere volver a puntuar las casillas restantes del juego expresado en la matriz E-1. El resultado de la estrategia racional apunta a la comunidad de inmigrantes volviéndose bilingüe y a la Generalitat administrando en catalán. En tal caso la comunidad de inmigrantes recibiría una puntuación muy baja en el ranking que hemos establecido; pero cualquier amenaza de inestabilidad de la situación le daría un tanto aún más bajo y reduciría el tanteo de la Generalitat sólo en un punto. Ello lleva a dudar de que dicha posibilidad de amenaza pueda darse. Sin el poder legal del Estado español, podemos aventurar que a la Generalitat se le presentaría la oportunidad de seguir una estrategia muy atractiva y coercitiva con respecto a los inmigrantes.

Observemos ahora el juego entre el Estado español (que puede elegir entre luchar por una Administración más centralizada o por promover aún más la autonomía regional) y la población autóctona de Cataluña (que puede escoger entre mantenerse bilingüe o desplazarse hacia un monolingüismo catalán poniendo en peligro los lazos lingüísticos que la mantienen unida a la cultura y resto de población española). (Ver tabla-F.) Desde el punto de vista de la Administración del Estado, el centralismo se ve con ello muy favorecido. El Estado está dispuesto a ceder en cuanto a la autonomía lingüística si la población de las distintas regiones reconoce la lengua castellana como *la* lengua oficial, por antonomasia, de todo el Estado español. En base a estas preferencias deberían quedar claras las compensaciones resultantes para el Estado que aparecen en la tabla F. En el caso de la población catalana, la mayoría prefiere el resultado que conjugue la autonomía regional con el progreso del bilingüismo. Valoran, no obstante, de tal forma la autonomía, que muchos preferirían vivir en una región autónoma sin lazos culturales con España que retornar al centralismo administrativo. Se produciría, pues, un desplazamiento hacia el monolingüismo catalán. Ahora bien, si estuvieran obligados a ser administrados desde el centro, hablar castellano sería esencial, como lo fue durante el franquismo. El conocido pragmatismo catalán les llevaría probablemente a seguir utilizando el castellano, como lo hicieron durante la era de Franco.

La matriz resultante es teóricamente muy interesante. Una acción es-

tratéfica racional de ambos grupos de jugadores nos coloca en la casilla superior izquierda, donde los resultados son la centralización y el bilingüismo. Es un resultado mal acogido por parte de los nacionalistas catalanes, aunque sea reflejo de lo que muchos de ellos consideran su cruel destino. Pero no un destino cierto, puesto que se deduce de la matriz un equilibrio vulnerable a las amenazas; lo cual indica que los catalanes pueden presentar un verdadero reto al Estado español. Pueden amenazar con dejar de hablar el castellano y cortar sus vínculos culturales con España, si el Estado no permitiera la plena autonomía. Esta amenaza, de realizarse, colocaría a ambos grupos de jugadores en una posición peor, especialmente para el Estado. Al Estado le convendría más reaccionar positivamente ante la amenaza, desplazándose en la matriz hacia la derecha, con lo cual perdería sólo de «4» a «3», en el tanteo.

De hecho, ese juego se parece mucho a la situación existente desde 1978 con respecto a las autonomías. Cuando quiera que el Estado intenta reafirmarse en una posición centralizada, distintos grupos de catalanes reaccionan en términos «separatistas». Ello influye en el Estado y le lleva a inclinarse a garantizar la autonomía regional. De todos modos, muchos representantes del Estado saben que los catalanes son gente pragmática y no serían tan temerarios para cumplir su amenaza separatista, ya que ello les ubicaría en la matriz con un resultado final de «1». Así, algunos representantes del Estado intuyen que las amenazas catalanas no son realmente veraces, y en consecuencia, aseguran que el Estado no cedería tan rápidamente a las peticiones de un mayor grado de autonomía. Tales fueron probablemente parte de las razones que llevaron al presidente Suárez a pensar que las presiones y amenazas directas, más que las consultas y apelación al tradicional «pactismo» de los catalanes, les harían aceptar con resignación la Ley Orgánica de Armonización del Proceso Autonómico de 1982 (LOAPA), declarada inconstitucional en 1983.

Desde 1982, bajo el gobierno socialista, el reto catalán se ha tomado más en serio. En la matriz, esa situación se refleja en la parte superior derecha, una zona de equilibrio inestable para el Estado español, considerado como uno de los jugadores. ¡Y el «juego» sigue con intensidad! Las negociaciones por teléfono entre la Administración central y la autonómica, las investigaciones oficiales y los recursos presentados al Tribunal Constitucional sobre cuestiones que afectan a la lengua catalana o al poder legislativo del Parlamento catalán, se hallan en el centro de la política lingüística Madrid-Barcelona.¹⁷ Dada la estructura del juego, existen incentivos para

17. De hecho, en distintas entrevistas personales realizadas a altos funcionarios del Ministerio de Educación de España y del Departament d'Ensenyament de la Generalitat en mayo de 1985, se describían estas relaciones como distintos movimientos

que el Estado quiera volver al centralismo, una vez alcance la unidad interna suficiente para ello, ignorando las pretensiones de los catalanes. Por otro lado, la mayoría de los catalanes reconoce que su posición de negociación es muy débil; a la vez que algunos agentes del Estado reconocen que su aceptación de la autonomía lingüística en Cataluña reduce, de hecho, los incentivos para que los catalanes presionen con vistas a obtener un mayor grado de normalización de su lengua.

PROBLEMAS EN EL ANÁLISIS TEÓRICO DEL JUEGO

Con todo, quedan aún por resolver muchos problemas para llegar a la aplicación satisfactoria de la teoría de los juegos a un conflicto lingüístico en cualquier área del mundo.

1. *El tiempo.* Toda matriz teórica de juegos es una representación estática de una estructura de conflictos en determinado momento y marco institucional. En este artículo se atiende a los debates constitucionales de finales de los años setenta que crearon el marco en que se debate ahora la política lingüística del país. La coyuntura histórica brevemente descrita al comienzo del presente escrito debe tomarse como el contexto de los juegos lingüísticos que presentamos. Un contexto distinto habría podido significar claramente puntuaciones distintas, jugadores distintos y también distintas combinaciones de opciones y resultados. El problema «tiempo» ofrece también un aspecto teórico más general. Los teóricos de los juegos han creado, con cierto éxito, juegos iterativos. Esos juegos iterativos suponen, no obstante, que el resultado del juego T_1 es el único elemento nuevo en el momento en que los jugadores se disponen a iniciar el juego T_2 . En política lingüística, las estrategias y las preferencias de los jugadores cambian no sólo en base a los premios y penalizaciones obtenidos en los juegos anteriores, sino por los cambios que aparecen en otros juegos independientemente de los realizados. Así, la situación del movimiento lingüístico vasco, o la incorporación de España al Mercado Común Europeo, entre otros ejemplos, influirán en la futura política lingüística de Cataluña. Dada esta realidad, es imposible divorciar la teoría de los juegos de la base coyuntural histórica que le da el imprescindible soporte.

del juego. Eran conscientes de los recursos políticos existentes, pero no les otorgaban la estructura de un modelo formal.

2. *La economía.* La ventaja de la teoría de los juegos con respecto a otras alternativas explicativas es su economía de recursos explicativos. Y, sin embargo, una cuestión tan simple aparentemente como la normalización del catalán abarca gran variedad de juegos, parte de los cuales hemos presentado en este escrito: entre inmigrantes, entre autóctonos, entre la Generalitat y el Estado central, etc. Si añadiéramos otros juegos que representen distintos períodos en el tiempo, toda la simplicidad que pudiera tener una aplicación de la teoría de los juegos se complicaría. Queda por demostrar, pues, de forma contundente, que la teoría de los juegos permite aproximarse mejor a la realidad compleja para su análisis e interpretación teóricos.

3. *Comparaciones.* En nuestra opinión, la aplicación de la teoría de los juegos a los conflictos lingüísticos puede servir para establecer comparaciones entre distintos casos, como por ejemplo Euskadi, Quebec o Bélgica. Se presta bien al caso del conflicto lingüístico catalán, pero cuando intentamos hacer unas modestas incursiones en el análisis de los datos sobre el caso del euskera, el «juego» parece forzado, por no aparecer allí soluciones intermedias o no radicales en la solución del problema vasco. Las etiquetas de: «aceptar la normalización» o «rechazar la normalización» lingüística significan además algo muy distinto en la vida política vasca y en la catalana. Las matrices para el caso de Euskadi tendrían etiquetas distintas y jugadores también distintos. A primera vista, pues, la comparación con el caso catalán no es fácil. El desarrollo de comparaciones entre distintos casos reforzaría, de todas formas, el componente estructural de la teoría de los juegos en su prometedora aplicabilidad al campo de la política lingüística.

CONCLUSIONES

Por el momento, nos gustaría centrar la atención en una serie de implicaciones de la aventura emprendida al aplicar la teoría de los juegos y explicar la situación política referente a la cuestión de la lengua en Cataluña.

En primer lugar, debe señalarse que los estudios de actitudes en relación con la organización y la acción políticas tienen limitaciones. Efectivamente, en las encuestas sobre las que nos basamos, la descripción de una serie de actitudes y opiniones de autóctonos e inmigrantes en Cataluña lleva a una comprensión limitada de los tipos y grado de acción política de ambas comunidades en torno a la cuestión de la lengua. Si esas encuestas de actitudes se enmarcan en una estructura de elecciones como la teoría de los juegos, se clarifica sistemáticamente la comprensión de la dinámica política. Conocer empíricamente las actitudes y opiniones es imprescindible para

establecer el orden de preferencias de los actores en cada uno de los juegos que, una vez en el marco de una estructura, completan el análisis empírico.

En segundo lugar, las matrices teóricas de los juegos concretan algunos aspectos de la dinámica política creada en torno a la cuestión de la lengua en Cataluña. La comunidad de inmigrantes preferiría, en general, una inversión pública limitada para el desarrollo de la lengua catalana, con el predominio garantizado del castellano. Pero para cualquier inmigrante en concreto, aprender el catalán más de prisa o mejor que sus vecinos redonda en ventaja propia.¹⁸ A más abundamiento, a ningún inmigrante le supone ventaja alguna organizarse con otros inmigrantes en una acción coordinada de cara a alcanzar una mayor compensación o resultado en el juego lingüístico representado por la matriz correspondiente. En cuanto a la comunidad autóctona, las encuestas de opinión muestran cierta división en lo concerniente a la política lingüística de normalización del catalán. Tanto si se interpretan dichas divisiones como si reflejaran fisuras entre las clases sociales catalanas o simplemente como diferencias de actitudes, existen claros incentivos para organizarse en una acción política unificada. Con una buena organización política, los catalanes de origen podrían conseguir la primera y mejor solución para aquellos que apoyan el renacimiento lingüístico. Nuestro análisis de las comunidades de inmigrantes y de autóctonos contribuye a clarificar la realidad de que prácticamente todos los partidos políticos existentes en Cataluña apoyan la «normalización» del catalán. Existen muchas razones para rechazar a cualquier partido político u organización que pretenda limitar el renacimiento de la lengua; pero aquellos que se oponen a la expansión del catalán tienen igualmente muy pocos incentivos para rechazar a un partido que apoye la normalización lingüística.

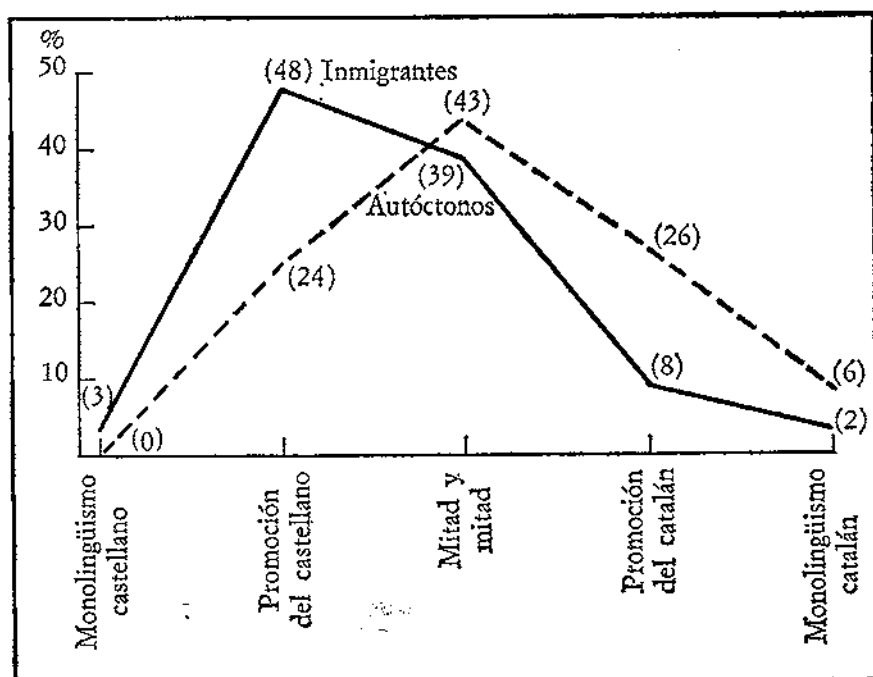
Por último, en España se discute actualmente de nuevo sobre la cuestión del Estado y las «autonomías».¹⁹ La dinámica de la política de normalización en Cataluña trasciende cualquier postura ambigua de la élite política catalana con respecto a su real identificación con la causa de la lengua. Aunque la estructura actual de oportunidades en Cataluña ofrece compen-

18. La mayoría de los estudios se han centrado en el conflicto entre inmigrantes y autóctonos. Les pasó inadvertida la naturaleza del conflicto inmigrante-inmigrante.

19. Con frecuencia puede oírse la frase: «Han de decidir si quieren o no ser españoles» (ver Martín Villa, 1984, p. 178), y que muchos de los que buscan la autonomía no tienen de hecho «una idea de España». Víctor Pérez Díaz, estudioso que siente una empatía considerable por el problema de los regionalistas, escribe de los catalanes que «de aquí a los próximos cinco años tienen que decidir si van a invertir o no sus energías en un compromiso moral intenso en los asuntos españoles». («Diario 16», 4-XII-1984, p. 3.) El análisis aquí contenido demuestra que los ataques de catalanes a la «hegemonía lingüística» del castellano podrían estar conectados tan sólo indirectamente con el hecho de si tienen «una idea de España».

saciones o resultados elevados a quienes abjuran de la política dominante y demuestran su lealtad a España aceptando el predominio del castellano, ofrece compensaciones aún más altas la coordinación política entre todos los catalanoparlantes a fin de expandir el ámbito del catalán a expensas del castellano. Las élites políticas catalanas saben perfectamente (ver matriz F-1) que si no pueden amenazar con una ruptura cultural con Madrid, las fuerzas del Estado no tendrán incentivo alguno para garantizar cierto grado de autonomía. A menos que cambien las compensaciones resultantes (o haya una vuelta al franquismo), las élites que intentan aumentar el número de votantes en próximas elecciones en Cataluña seguirán presionando para conseguir ulteriores avances en la normalización lingüística (matrices C-1, C-2). En el interior de Cataluña, y mientras el Estado español conserve su legitimidad democrática, la Administración bilingüe en Cataluña se mantendrá estable (matrices E-1, E-2), con toda probabilidad.

TABLA A
Lengua en la escuela primaria



FUENTE: Solé, G. (1985, tabla 8).

TABLA B

Juegos entre inmigrantes en relación con el aprendizaje del catalán

Inmigrante A

		Aprender	No aprender
<i>Inmigrante B</i>	Aprender	3,3	4,1
	No aprender	1,4	2,2

Clave: puntuaciones: «4»: el mejor resultado.

«3»: bastante bueno.

«2»: regular.

«1»: el peor resultado.

En cada casilla, el primer número representa el resultado, leído por filas (jugador o inmigrante B) y el segundo número representa el resultado, leído por columnas (jugador o inmigrante A).

TABLA C

Juegos entre autóctonos en relación con la política de normalización lingüística del catalán

		<i>Catalanista</i>		
		Rechaza normalización	Acepta normalización	
<i>Españolista</i>	Rechaza normalización	4,3	3,2	<i>Matrix C-1</i>
	Acepta normalización	1,1	2,4	

		<i>Optimista</i>		
		Rechaza normalización	Acepta normalización	
<i>Pesimista</i>	Rechaza normalización	3,3	1,1	<i>Matrix C-2</i>
	Acepta normalización	2,2	4,4	

TABLA D
Proyección de la normalización del catalán

En la Cataluña del año 2000, ¿cuál de las siguientes opciones desearía usted?

- | | | |
|--|--|---|
| <p>a) Que la normalización del catalán alcanzara su cima y se convirtiera en la lengua dominante en las escuelas, TV, periódicos. (83)</p> | <p>b) Que la mitad de los autóctonos estudiara mayormente en catalán y la otra mitad mayormente en castellano. (4)</p> | <p>c) Que la mitad de los autóctonos estudiara mayormente en catalán y la otra mitad mayormente en castellano. (10)</p> |
| <p>O bien</p> | <p>O bien</p> | <p>O bien</p> |
| <p>a') Que el catalán y el castellano tuvieran la misma importancia en la vida cotidiana. (18)</p> | <p>b') Que todos los autóctonos estudiaran mayormente en catalán. (70)</p> | <p>c') Que todos los autóctonos estudiaran mayormente en castellano. (28)</p> |

No contesta (2)

N = 103

No contesta (29)

N = 103

No contesta (65)

N = 103

Pregunta 7 del cuestionario de la encuesta a élites políticas en Cataluña (alcaldes, diputados). Mayo-junio, 1985.

TABLA E
Juegos entre la Generalitat y los inmigrantes en relación con la lengua
en que desean administrar y ser administrados

Administración de la Generalitat

		Catalán/ castellano Castellano			
		Catalán	castellano	Castellano	
<i>Inmigrante (es/habla)</i>	Bilingüe	2,6	5,5	6,2	<i>Matriz E-1</i>
	Sólo castellano	1,3	3,4	4,1	

Administración de la Generalitat

		Catalán	Castellano	
<i>Inmigrante (es/habla)</i>	Bilingüe	2,4	4,2	<i>Matriz E-2</i>
	Sólo castellano	1,3	3,1	

TABLA F
Juego entre la Administración estatal central y los autóctonos
en relación con el monolingüismo catalán o bilingüismo

Administración estatal española

		Centralizada	Descentralizada
<i>Autóctonos catalanes</i>	Permanecer bilingües	2,4	4,3
	Desplazarse hacia el monolingüismo catalán en el contexto de España	1,2	3,1

BIBLIOGRAFIA

- Alsina, Alex: *Quatre anys de català a l'escola* (Barcelona: Departament d'Ensenyament, Generalitat de Catalunya, 1983).
- Balcells, Albert: *Cataluña contemporánea* (Madrid: Siglo XXI, 1974), 2 vols.
- Bastardas-Boada, Albert: *La segunda generación de inmigrantes castellano-parlantes en la Cataluña no metropolitana: la relación entre el contexto, el comportamiento y la competencia en catalán* (Tesis Ph.D., Université Laval, Canadá, 1985).
- Brams, Steven: *The Presidential Election Game* (New Haven, Yale University Press, 1978).
- Calsamiglia, Helena y Amparo Tusón: *Use of languages and code switching in groups of youths in a barri of Barcelona: communicative norms in spontaneous speech*, en «International Journal of the Sociology of Language», 47, 1984.
- Colomer, Josep M.: *Nosaltres els catalans* (Barcelona: Laia, 1983).
- : *Espanyolisme i catalanisme* (Barcelona: «L'Avenç», 1984).
- Equipo de Sociología Electoral (UAB): *Las Elecciones al Parlamento de Cataluña de 29 de abril de 1984*, «Revista de Estudios Políticos», núm. 40, nueva época (julio-agosto, 1984).
- Fishman, Joshua A. et al.: *Language Loyalty in the United States* (La Haya, Mouton, 1966).
- Fomento de Trabajo Nacional: *Catalunya ante las urnas*, 1984.
- Generalitat de Catalunya, Direcció General de Política Lingüística: *Les expectatives d'ús, actituds i necessitats lingüístiques entre la població adulta de l'aglomeració barcelonina* (Barcelona, 1984).
- : *Informe del Servei d'Ensenyament del Català: 1980-1985* (manuscrito no publicado).
- Hardin, Russell: *Collective Action* (Baltimore: John's Hopkins, 1982).
- Hirschman, Albert O.: *Exit, Voice, and Loyalty* (Cambridge: Harvard University Press, 1970).
- «International Journal of the Sociology of Language»: núm. 47, monográfico sobre *Catalan Sociolinguistics*. (Comp. María Ros i García y Miquel Strubell i Trueta), 1984.

- Linz, Juan J.: «Early State-Building and Late Peripheral Nationalisms Against the State: The Case of Spain», en S.N. Eisenstadt y Stein Rokkan: *Building States and Nations*, vol. II (Beverly Hills: Sage, 1973).
- Marcet, Joan: *Convergència Democràtica de Catalunya: El Partit i el Moviment Politic* (Barcelona: Edicions 62, 1984).
- Martín Villa, R.: *Al servicio del Estado* (Barcelona: Planeta, 1984).
- Paniagua Fuentes, Xavier: *Las reacciones ante el bilingüismo: Una perspectiva histórica*, «Revista de Educación», núm. 268 (septiembre-diciembre, 1981).
- Pujol, Jordi: *Una política per Catalunya* (Barcelona: Nova Terra, 1976).
- Rapoport, Anatol y Melvin Guyer: «A Taxonomy of 2×2 Games», *General Systems*, vol. XI (1966).
- Schelling, Thomas: *The Strategy of Conflict* (Cambridge, Harvard University Press, 1960).
- Shabad G. y Gunther Richard: «Language, Nationalism, and Political Conflict in Spain», *Comparative Politics*, XIV, 4 (julio 1982).
- : «Spanish Regionalism in the 1980s», en Stanley Payne et al. (eds.), *Europe in the Eighties* (Princeton: Karz-Kohl, 1984).
- Solé Carlota: *La integración sociocultural de los inmigrantes en Cataluña* (Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1981).
- : *Cambios en la visión de los inmigrantes sobre las instituciones, símbolos y partidos políticos en Cataluña. Análisis de los datos de dos encuestas; 1978 y 1983*, «Revista Española de Investigaciones Sociológicas», Madrid, núm. 32, sept.-dic. 1985.
- Strubell i Trueta, Miquel: *La normalización lingüística en el sistema escolar de Cataluña y el entorno social*, «Revista de Educación», núm. 268 (diciembre 1981).
- Termes, Josep: *La immigració a Catalunya* (Barcelona: Editorial Empúries, 1984).
- Vallverdú, Francesc: *El conflicto lingüístico en Cataluña: historia y presente* (Barcelona: Península, 1981).
- Vilar, Pierre: *Cataluña en la España moderna* (Barcelona: Crítica, 1978).
- Von Neumann, John y Morgenstern, Oskar: *The theory of Games and Economic Behavior* (Princeton: Princeton University Press, 1944).
- Woolard, Kathryn Ann: *The Politics of Language and Ethnicity in Barcelona, Spain* (Tesis Ph. D., Universidad de Berkeley, 1983).